

## UN CUENTO VERDADERO

por Beatriz Tirado Tirado, de 14 años

(I CONCURSO DE CUENTOS 2003)

En el año 1974 la dictadura era el estado de gobernación, una de las principales causas para burlar las normas de derechos humanos, ya que las normas se hacen para incumplirlas. Siendo aun muy niña, de corta edad, intuía lo que pasaba en casa.

Todo empezó aquel día en que dos agentes de la Guardia fueron a mi casa, en aquellos momentos no sabía por qué registraban en la habitación de mi hermano mayor. Él tenía 12 años más que yo, estudiaba medicina en la universidad y quería ser un buen médico para atender a todos los enfermos posibles. Era muy inteligente, simpático y bastante fuerte.

Se fue con ellos y aquella noche no vino a dormir a casa, ni tampoco el día siguiente, así unas semanas interminables. Cuando aquel día finalmente apareció por la puerta del comedor yo fui la primera en abrazarlo. Abalanzándome sobre él le pegué dos besos en la mejilla, no pude preguntar nada. Al momento, con gran emoción, mi madre me lo arrebató dándole un abrazo tan grande que no le dejaba respirar, mi padre se abrazó a ellos con la misma gana y hasta creo que lloraron de la emoción.

Aquella noche cenamos muy contentos entre risas y deseos de no volver a separarnos. Antes de irme a dormir fui a su cuarto y le pregunté que había hecho tanto tiempo fuera de casa. Se rió y contestó: *"pues, tener la esperanza de volver a casa"*. No le entendí muy bien, pero no me importó porque estaba con mi hermano.

El 24 de diciembre de 1974 en la televisión dieron una noticia que se me grabó en la cabeza y que quería comprender. Corrí a mi cuarto y lo escribí varias veces. Luego lo leí otras pocas veces y llegué a la conclusión de que ponía exactamente: *"los que hicieron la huelga en la universidad de medicina por el derecho a la libertad estaban en una lista negra y fueron encarcelados"*. Ahí fue cuando me di cuenta de lo que hacía Fernando, mi hermano, y lo empecé a comprender todo. Aquella noche no quería decir nada, no me comporté normalmente y aunque mi madre notó algo, no me preguntó.

Pasó el tiempo, ya estábamos en Reyes. Yo creía que en verdad existían los Reyes Magos, aunque algo dentro de mí me daba una señal de que no. Estaba ilusionada con mis regalos. Mi hermano me llevó a su habitación, tenía un paquete para mí, me ilusioné mucho al ver aquel regalo que no era no cualquiera. Lo abrí, era un libro llamado la CONSTITUCION. Seguidamente me dijo: *"guárdalo con cariño porque pronto será historia"*. Ni lo abrí, lo único que hice fue guardarlo en un lugar bien seguro.

Pasó el tiempo, no había habido más escándalos y ya empezaba a olvidar todo. Un día, por casualidad, nos hablaron en el colegio del Estado de Gobernación del Estado Español. Recordé a los dos hombres que fueron a mi casa, la desaparición de mi hermano mayor, lo que él me dijo, mi regalo, la noticia de la televisión. Le empecé a dar vueltas a la cabeza y fui uniendo cabos pero no llegué a nada, a nada más que yo entendiera, ¡claro!

El 19 de junio de 1975 cumplí nueve años. En el colegio todo transcurrió con normalidad. Después, antes de ir a casa, me quedé jugando con mis amigas. Aquel día me tenía que haber ido a casa directamente, si lo hubiera hecho seguramente no hubiera pasado lo que pasó, y si por alguna causa tuviera que haber pasado por lo menos me hubiera despedido. Cuando entraba saltando y tan alegre como siempre, vi como lloraba todo el mundo. Yo sin entender y con mucho dolor y a la vez temor porque fuera verdad lo que pasaba, lloré echada sobre su cama. Agarrando su suave almohada con fuerza, sin soltarla, deseé con todas mis fuerzas que fuera mentira, una terrible mentira. Pero no, con lágrimas me dijeron que a mi hermano, me querido hermano, que era lo que yo más quería en este mundo, lo habían matado unos guardias en una manifestación. Se me cayeron dos lágrimas diciendo: “no, no, eso es mentira”. Lo primero que pensé fue en lo que me dijo una vez: “busca la libertad siempre”. Estuve un tiempo que no comía, ni bebía, apenas salía de mi cuarto.

Pasaba el tiempo muy despacio. Estuve todo el verano pensando y preguntándome por qué y quién lo había matado; si él siempre hablaba de libertad y esperanza, por eso mismo lo mataron, por defender la libertad, un señor, el gobernador de España lo mató.

Empecé a odiar a España, todo lo que nos decían de ella en el colegio era mentira, que si era una España unida y libre, que si respetaban la vida y las opiniones. “Es todo mentira”, gritaba de vez en cuando. Pero siempre lo solucionaban igual, echándome a la calle. La verdad es que me traía sin cuidado ya que había perdido a mi hermano y me daba todo igual.

El 20 de noviembre de 1975 murió Franco y fue un día alegre, ya que se acabó la dictadura, la ley del Estado Español en mucho tiempo. Nos dijeron en el colegio que ahora empezaba una nueva ley pero que no se aprobaría hasta que pasaron unos años. Nos hablaron de la CONSTITUCIÓN, la que regiría las leyes de España. Lo primero que pensé fue en una mujer rubia, de ojos marrones, piel blanca, guapa, amable, sensible y muy inteligente. Pensé en lo que diría mi hermano. Un rato después me dijo la profesora que la Constitución no era una señora joven, ni rubia ni morena, ni guapa ni fea. Me dijo que la Constitución eran unos derechos y unos deberes que íbamos a tener los españoles. Al salir de clase se me repetía mucho “Constitución”, entonces caí en el libro que en Reyes me regaló mi hermano. Fui lo más corriendo posible a casa y me puse a buscar muy rápido, lo abrí y lo empecé a leer.

Al día siguiente no lo pude terminar de leer, pero al hojearlo se cayó al suelo una nota que decía:

*Mi querida hermanita:*

*Siento haberme ido así pero era lo que tenía que pasar, cuando leas esto ya se habrá terminado todo y España será de verdad una grande y libre. Te echaré mucho de menos pero tú tienes que vivir y disfrutar, yo ya he disfrutado viéndote a ti, me despido con mucho dolor,*

*tu hermano mayor.*

*Fdo: Fernando*

Me dio una gran alegría al leer esto porque en mi corazón sentía, noche y día, que estaba conmigo. Ahora intuía, más todavía, que estaba más y más cerca de mí. Aún así, lo añoraba mucho más que antes.

Lo que me he preguntado, es como sabía lo que iba a pasar sobre la Constitución, España, y su propia muerte. Aún sigo sin entenderlo.

Estuve un rato leyendo y releendo la nota. Me quedé horas y horas, hasta tal punto que comencé a llorar sin poder parar. Al día siguiente tenía mucha fiebre y caí muy enferma. Mis padres se preocuparon mucho, ya que también estaba muy rara desde mi cumpleaños. Los habían llamado del colegio y, por otro lado, había dejado de lado a mis amigas y ni siquiera les hablaba en el recreo.

Pasó el tiempo y me recuperé. En ese tiempo me di cuenta que había cometido muchos errores por no abrir los ojos, echar de lado a mis amigas que se preocuparon de mí y no les hacía caso. De lo que más me arrepiento es de no haber hecho caso a mi hermano, ni haberlo escuchado ni siquiera a él, la persona que más quería en el mundo.

Al día siguiente me disculpé profundamente con mis amigas, me dieron muchos ánimos y me dijeron que de alguna forma lo entendían.

Esto no es un cuento pero me gustaría que tampoco fuese realidad.

## **CRIATURAS AMABLES**

**por Miguel Carrillo Escribano, de 11 años**

**(I CONCURSO DE CUENTOS 2003)**

Érase una vez un pueblo muy lejano y bonito, que se llamaba Asadaro, rodeado de praderas verdes y soleadas.

Sus habitantes estaban muy tristes, porque todo en el pueblo era muy aburrido, pero esa noche todo cambió.

A las 12 de la noche una planta creció hasta el cielo y por ella bajaron millones de sombras de pequeñas criaturas monstruosas. Estas criaturas daban miedo a los aldeanos que decían:

- ¿Qué es eso?
- ¿Qué hacen aquí?
- ¡Socorro!

Entonces una casa se incendió, los monstruos corrieron hasta la casa. Eran duendes, de sus bolsillos sacaron mangueras que en vez de echar agua echaban regalos, y milagrosamente apagaron el fuego.

Los duendes repartieron muchos regalos y los aldeanos asombrados les dieron las gracias y se pusieron muy contentos.

Y los ciudadanos en su honor le construyeron una estatua y sus vidas cambiaron completamente y vivieron felices para siempre.

## **LA NAVIDAD CASI IMPOSIBLE**

**por Rocío Arroyo Girón, de 11 años**

**(I CONCURSO DE CUENTOS 2003)**

Érase una vez, en un país muy lejano, donde la Navidad siempre había sido felicidad y alegría. Pero todo cambió un día cuando unos amigos hacían magia negra muy poderosa de la que resurgió el terrible y malvado mago Ibor.

- ¡Oh! ¿Qué pasó? – Se preguntaron los amigos con un miedo tremendo y temblando como flanes.

- Gracias por volver a traerme al mundo después de 5000 años. – dijo el mago Ibor.

Los niños se miraban sin dejar de temblar. Sin darse cuenta, los amigos habían liberado al terrible y malvado mago, que vivió hace miles de años y que difícilmente fue atrapado por tres chicas con poderes mágicos.

- Voy a hacer imposible la Navidad. – dijo el mago Ibor.

- ¡Oh no! Mi hermana Anita se pondrá muy triste si no hay Navidad; a ella le encanta. ¿Qué voy a hacer? ¡Por mi culpa no habrá Navidad! – dijo Juan, uno de los niños.

El mago actuó rápidamente, quitó el encanto de la Navidad: hizo que parara de nevar, tumbó árboles de Navidad, fundió luces y prometió que nadie iba a recibir ni un solo regalo.

Todo el mundo se preguntaba que había pasado, pero al enterarse Anita, la hermanita de Juan, una niña rubia, de ojos azules, se puso muy triste y deprimida; pensó qué podía hacer; y de pronto se le ocurrió una idea: escribir a los Reyes Magos contando todo lo que pasaba en el pueblo.

Cuando la carta llegó al palacio de los Reyes Magos, se enfadaron muchísimo:

El Rey Melchor dijo: - Tenemos que hacer algo para salvar la Navidad.

- No podemos permitir que ese malvado mago se salga con la suya. – dijo Gaspar.

- Hay que detener a ese mago lo más rápido posible. – añadió Baltasar.

Mientras los Reyes Magos se preparaban para luchar contra la Magia negra del malvado Ibor. En el pueblo todo era un caos tremendo y todos pensaban en lo que pasaría la noche de Reyes. Pero la noche anterior a la llegada de la Reyes Magos, en un bosque a la entrada del valle, el mago Ibor luchaba contra Melchor, Gaspar y Baltasar. Fue una lucha de magia terrible, en el pueblo todos estaban asustados, pero la magia blanca pudo con la negra y finalmente Ibor fue derrotado. Los Reyes Magos lanzaron un conjuro mágico para que Ibor nunca más volviera al mundo y pudiera destruir la Navidad.

Al desaparecer Ibor, el encanto de la Navidad volvió al pueblo: en ese momento empezó a nevar, a brillar las luces, y los cantos de la Navidad sonaron por todo el pueblo.

Todo el mundo estaba feliz, pero la niña más feliz del pueblo era Anita, esa encantadora niña, la hermanita de Juan, la niña que salvó la Navidad de las manos del terrible y malvado mago Ibor.

La noche de Reyes fue fantástica; todo el pueblo tuvo sueños muy bonitos y al despertar todo el mundo tuvo regalos por Navidad.

## **KRODUC Y SUS COMPAÑEROS EN EL CASTILLO DE MERICK**

**por David Andujar Romero, de 12 años**

**(II CONCURSO DE CUENTOS 2004)**

Érase una vez un muchacho que vivía con su abuelo, que no sabía que se iba a convertir en héroe. El abuelo desde que el muchacho era pequeño, iba enseñándole cosas sobre armas para que, cuando él muriese, supiera defenderse. La especialidad, sobre todo, que el abuelo le enseñaba a Kroduc, el muchacho, era el arco. A medida que Kroduc crecía iba aprendiendo más cosas y cuando alcanzó los 23 años... Kroduc se había convertido en un tirador selecto.

Kroduc había aprendido gracias a las tácticas que el abuelo le enseñaba. A él, para afinar la puntería, le gustaba colgar una manzana de un árbol, señalar un punto en el centro, y darle justo donde lo había señalado.

Al cabo de una semana cuando ya no había comida en casa, el abuelo tuvo que salir al campo a buscar comida, pero como no encontraba se tuvo que alejar a buscar, cada vez más, hasta que no se dio cuenta y se adentró en el bosque de Merick, un terrible mago que no le gustaba que nadie le molestara. Merick, a través de sus poderes, se dio cuenta de que alguien había entrado y mandó a dos guerreros: un arquero y un espadachín. De pronto surgieron de la nada los guerreros. El abuelo pudo escapar del espadachín, pero el arquero lo alcanzó y le dio en el hombro izquierdo. Los guerreros desaparecieron y el abuelo huyó rápidamente. Por el camino el abuelo pudo resistir pero cuando llegó a casa:

- Kro... Kroo, Kroduc. Nunca te adentres en el bosque de Merick. Es mu..., muy peli... - dijo el abuelo casi sin saliva.

En ese momento, el abuelo murió. Kroduc muy furioso fue al bosque y cuando llegó gritó en voz alta:

- ¡Juro que vengaré a mi abuelo!

Merick, que lo escuchaba, se reía. Después se dirigió a toda prisa a su casa, cogió una bolsa de monedas y se fue a la ciudad, donde estaba el castillo, que estaba al otro lado de su casa. Cuando llegó a la ciudad se dirigió rápidamente a una tienda de armas y le dijo al dependiente:

- ¡El mejor arco que tengas con las mejores flechas!

Porque las tuyas y su arco eran de madera. El dependiente, muy curioso, le dijo:

- ¿Para qué lo quieres?

Kroduc le dijo:

- Para matar a Merick.

El dependiente volvió a contestar:

- ¡¡¡E..., estás loco!!!

El dependiente se fue por todas las calles gritando. Una persona que estaba en la tienda sentada y encapuchada dijo:

- ¿A quién quieres matar?
- A Merick – Contestó Kroduc.

El hombre encapuchado se reía y dijo suspirando:

- Yo también llevo mucho tiempo intentando matarlo, pero es muy fuerte y poderoso, y además tiene guerreros de élite, muy fuertes.
- ¿Por qué quieres matarlo? – Dijo Kroduc.
- Porque él mató a mi padre – Contestó el hombre.
- Y a mi abuelo – Añadió Kroduc.
- Pues ya somos dos para matarlo.
- ¡En marcha!

Kroduc cogió sus flechas y su arco y se pusieron en camino. Por el camino, los dos hablaban de su vida. Kroduc le decía a Rojand, el hombre encapuchado, que era un estupendo arquero, y Rojand a Kroduc que era un caballero con una gran habilidad con la espada. Rojand, de tantas veces que había intentado entrar en el castillo, ya se sabía muchos pasadizos. Cuando llegaron al bosque, Rojand dijo:

- Por aquí se llega a la parte trasera del castillo y nadie se entera de que estás en el bosque.

Cuando llegaron a la parte trasera del castillo vieron que un lancero estaba luchando con quince guerreros de Merick. Rojand y Kroduc fueron rápidamente a ayudarlo a destruirlos. Luego, el lancero dijo:

- Gracias, soy Zed, un lancero, y quiero matar a Merick porque mató a mi hermana.
- ¡Ya somos tres! – Añadió Kroduc.

Después, cruzaron la puerta trasera y luego una más grande. Allí vieron un gran bote de líquido verde. En seguida los tres se dieron cuenta de que era el líquido con el que sobrevivía Merick. A su alrededor había una multitud de guerreros de élite. En ese momento, Kroduc dijo:

- ¡¡A luchar!!
- ¡¡Por nuestros antepasados!! – Añadió Rojand.
- ¡¡Muerte a todos!! – Terminó Zed.

Zed y Rojand lucharon con sus armas todo lo que pudieron y Kroduc desde atrás con su arco. Dos arqueros que estaban en lo más alto, al lado del bote, estaban apuntando a Rojand y Zed. Kroduc, como era un tirador selecto, tiró dos flechas a la vez e intervino en las que iban a Zed y a Rojand. De pronto, Merick apareció y mandó que se retirasen sus guerreros. Merick iba a lanzar un gran hechizo, pero de nuevo Kroduc intervino. Se quedó mirando fijamente un círculo que tenía el bote mientras que Merick se reía.

- ¡Ja, ja, ja, vais a morir!



- ¡Kroduc, Kroduc! – Dijo Zed señalando a los arqueros.

Los arqueros le estaban apuntando y Merick con su magia también. Kroduc soltó una flecha y fue a parar al centro del bote.

- ¡Esto se va abajo, hay que salir de aquí! – Exclamó Rojand.

Todos se apresuraron en salir, menos Merick y sus soldados, que estaban inmóviles porque el bote estaba fracturado, y cuando se rompiera, morirían. Cuando salieron los tres, dijeron al unísono:

- ¡Misión cumplida y sueños hechos realidades!

## **LOS PROBLEMAS DE SONIA**

**por Inmaculada Romero Sicilia, de 15 años**

**(II CONCURSO DE CUENTOS 2004)**

Se llamaba Sonia. Vivía en un pueblo mediano, ni grande ni pequeño. Tenía 16 años.

Su familia tenía problemas. En la familia estaban todos enfrentados por culpa del dinero. Su abuelo José había muerto y había dejado herencia para cada uno de los hijos. Eran cuatro hermanos: Rafael, Isabel, Juan y José.

Los hermanos no estaban conformes con la herencia que su padre había dejado, por eso estaban en continuo conflicto, hasta que Sonia, influida por las preocupaciones, enfermó. La familia empezó a preocuparse por su estado de salud, que iba cada vez peor.

Sonia era una muchacha simpática, alegre y feliz; que quería estudiar magisterio, porque le gustaban mucho los niños. La familia de Sonia temía por su vida, pues la habían visto muchos médicos de todo el mundo, y ninguno sabía qué enfermedad tenía, hasta que uno lo averiguó.

Ella tenía un problema que afectaba a los músculos y al corazón. Sólo se podía curar si alguien de su familia donaba sangre, pero no una sangre cualquiera. Tenía que ser del mismo grupo que la suya.

El tiempo pasaba y el donante no aparecía. Sonia estaba cada vez peor.

Los miembros de su familia se habían hecho muchas pruebas para poder salvar su vida, pero ninguno lo consiguió. Por un tiempo acabaron riñas y peleas entre hermanos.

Isabel era la madre de Sonia, y estaba tan preocupada que entró en una depresión. El médico dijo que si el donante no aparecía pronto, Sonia moriría. Dijo que el donante daba igual que fuese de su familia o no, lo importante era que tuviese el mismo grupo de sangre que Sonia.

A Sonia le quedaban meses de vida y el donante no aparecía. Pusieron anuncios en el periódico y en la televisión. Hasta que un día apareció un muchacho de su misma edad, que era de otro pueblo. Tenía el mismo grupo sanguíneo y se ofreció a ayudar a Sonia. Se llamaba Miguel.

A Sonia la operaron y se curó bien de su enfermedad. Se hizo amiga de Miguel. Mientras tanto, Isabel, la madre de Sonia, ya estaba saliendo de la depresión.

Las riñas entre hermanos comenzaron a frecuentarse otra vez, después de la cura de la enfermedad de Sonia. Todo estaba muy oscuro en su familia. Sonia quería que su familia fuese una familia feliz, unida y sin riñas, pero no podía hacer nada.

Intentó acabar con aquella situación, pero influenciada por los problemas de su familia, creó un nuevo problema: Sonia dejó de comer. ¿Creó ese problema queriendo? ¿Fue sin querer? Fuese queriendo o sin querer, el caso es que creó un nuevo problema.

Sonia, la muchacha que era feliz, alegre y simpática, empezó a verse gorda ante un espejo, aunque no lo estaba. Su familia, con tanta riña, discusión

y pelea, no se dio cuenta de lo que le estaba pasando a Sonia. Hasta que un día su madre Isabel se dio cuenta de que su hija no era la misma de antes. No comía, se había vuelto antipática, no reía continuamente como antes. Su madre fue a hablar con ella.

Le preguntó qué era lo que le pasaba y que quería que le dijese cuál era el problema que tenía, que se lo contase, que era su madre. Sonia no contestó a todas las preguntas, sólo le dijo que no tenía ningún problema, que no se preocupase por ella. Su madre no insistió.

Pero el tiempo pasaba y Sonia, de cada vez, estaba más delgada. ¿Qué hacía? ¿Por qué causaba otro problema si ya había demasiados en casa? Sonia seguía con ese mal ritmo de vida y los problemas empezaron a crecer. Tanto aumentaron, que hasta en su casa, con su padre y su madre, hubo problemas. La madre intentó, por segunda vez, hablar con Sonia y averiguar lo que le pasaba a su hija, aunque recibió la misma respuesta que la primera vez.

Una noche, Sonia y su hermana oyeron voces. No intervinieron pero la hermana le preguntó qué era lo que pasaba. Sonia le dijo que no lo sabía.

A la mañana siguiente, la madre de Sonia apareció con un moratón en la cara. Esta vez fue Sonia quien fue a hablar con su madre. Le preguntó qué era lo que había pasado la noche anterior, porque se escucharon voces y porque ahora tenía un moratón en la cara. La madre le dijo que se había dado un golpe con una puerta.

Por la noche, su padre llegó muy tarde, y se volvieron a escuchar voces de nuevo. La hermana de Sonia volvió a preguntarle ésta qué era lo que sucedía ya por segunda vez. Sonia le volvió a contestar que no lo sabía. ¿Quizás tenía miedo ella también? ¿Quizás sospechaba lo que estaba pasando?

A la mañana siguiente, Sonia se levantó decidida a hablar con su madre y preguntarle, por segunda vez, qué había pasado la noche anterior. Pero, cuando llegó a la habitación de sus padres, vio a su madre llorando y a su padre con dos maletas, porque se iba.

Sonia no sabía qué hacer. Quería arreglarlo todo, pero había demasiados problemas. Y, por si eso fuera poco, ella había creado otro, un problema del que sólo sabía ella, influenciada por la edad y la familia.

Ella pidió a sus padres y a su hermana que se sentasen y la escuchasen, porque tenía algo muy importante que decirles. Sus padres se sentaron. Ella les dijo que no podían seguir así, que no se separasen y que lo que tuviesen que hablar que lo hablasen y se reconciasen. A su madre le dijo que le perdonase, que era anoréxica. Explicó que empezó a ser anoréxica y a dejar de comer porque empezó a verse gorda, y por los problemas que tenían en la familia.

Sus padres hablaron. Antonio, el padre de Sonia, pidió perdón a Isabel por haberla maltratado dos veces. Le prometió que nunca más la maltrataría. A Sonia y a su hermana le dijo que ellos no se iban a separar, que iban a ser una familia muy feliz.

Las riñas entre hermanos se acabaron. Con la mala situación pasaron dos años, por lo que Sonia ya tenía 18. Miguel, el muchacho de su edad, fue a visitarla una día a su pueblo, y se enamoraron.

Al poco tiempo se casaron con una boda muy feliz, en la que estuvo toda su familia. Así, esta familia, que sólo tenía problemas, llegó a ser muy feliz.

## LA GATITA PIKI

*Patricia Calero Ruiz, 8 años*

(III CONCURSO DE CUENTOS 2005)

Los gemelos Daniel y Amelia esperaban impacientes que sonara la sirena para terminar la última clase. Tenían ocho años y estudiaban segundo curso. Ese día estaban muy contentos y con muchas ganas de irse a casa, porque sus papás les habían dicho aquella mañana que, en el fin de semana, se irían a la casa que tenían en el campo.

En el campo ellos se divertían, tenían muchos amigos de los vecinos que como ellos descansaban en aquel lugar. Allí campaban a sus anchas, nadie les vigilaba haciendo incursiones en la naturaleza, jugaban a los guerreros entre los árboles y bajaban al río a bañarse. Cerca había una casa muy grande, abandonada y misteriosa, en la que nadie se atrevía a entrar.

Por fin sonó la sirena. Amelia y Daniel recogieron rápidamente sus pertenencias y sin esperar a sus amigos corrieron hacia su casa, donde sus padres ya les esperaban. Montaron al coche e iniciaron el viaje. No podían estar quietos, los nervios nos lo dejaban.

Al llegar, mientras sus padres descargaban las maletas, ellos saltaron para corretear por los alrededores, acercándose hacia la casa abandonada. Oyeron el maullido débil que les hizo mirar a través del hueco de la pared, y vieron una pequeña gatita, blanca, que parecía de algodón. Se miraron y armándose de valor saltaron la tapia y fueron a buscarla. Cogiéndola con mimo la llevaron a sus padres, sabiendo que los dejarían quedársela. Dijeron que sí, pero poniéndole condiciones: deberían ocuparse de ella y cuidarla.

Corrieron a presentársela a sus amigos, todos ilusionados, todos querían acariciarla y cogerla. Se la pasaban de unos a otros. Pero, Amelia preguntó “¿Cómo la llamaremos?”

“Yo decido”, exclamó Daniel, “La llamaremos Piki, por lo pequeña que es”.

Volvieron a casa y buscaron un viejo cuenco para darle leche, y una cesta que mamá bajó del desván, con una mantita de cuando eran pequeños para que pudiera dormir calentita; y ¡todos a dormir!

Los primeros rayos del sol comenzaban a salir. Los gemelos corrieron en pijama a darle los buenos días a Piki. Alarmados gritaron para despertar a sus padres: A Piki le pasaba algo raro, apenas se podía poner de pie y tenía la mirada triste. Papá se vistió rápidamente, sacó el coche y los gemelos con Piki, envuelta en la mantita, subieron al coche para llevarla al veterinario del pueblo más cercano. Iban muy tristes, Piki estaba cada vez más débil y apenas abría los ojos.

Al llegar al veterinario, los tranquilizó. A Piki no le pasaba nada grave, sólo que necesitaba una leche especial. Era aún muy pequeña y, la que los gemelos le habían dado, le había sentado mal. “¡Uff!”, respiraron tranquilos y volvieron a casa.

Piki se hizo una gatita preciosa y la mejor amiga de Daniel y Amelia.

*(A mi mamá con cariño y a mi abuelo  
que tenía una gatita que llamaba Piki)*

## **LOS 27 DIAS TERRORÍFICOS**

***Pedro Arroyo Girón, 12 años***

**(III CONCURSO DE CUENTOS 2005)**

Érase una vez una duquesa que tenía mucho dinero. Era muy caprichosa y egoísta. Un día vio una tienda en la que vendían cosas antiguas y entró para darse algún capricho. Después de estar mucho rato mirando se decidió por un reloj.

El dueño le dijo que eligiera otra cosa. Era muy antiguo y lo habían dejado allí por orden de un hada porque traía muy mala suerte. La duquesa que presumía de dinero le ofreció una y otra vez hasta salirse con la suya. Antes de irse, le dijo al dependiente que grabase su nombre en el reloj: "Marta". Ella no sabía que quien lo sacara de la tienda y lo tuviera en su poder tendría 27 días terroríficos.

Y comenzaron sus desgracias: El primer día tuvo un accidente y se rompió una pierna, el segundo se le perdió su perrita y el tercero, como vio que lo que le había dicho el dependiente iba en serio, lo tiró en la puerta de un colegio.

Toco la sirena y los niños salieron. El último fue Pepito, y después de pasar todos, cogió el reloj. Pensó "¡qué buena suerte tengo!", pero no sabía lo que le esperaba. Ese día, cuando llegó a su casa su madre había quemado las lentejas, al día siguiente se quedó dormido y no pudo hacer el examen de lengua. Después, lo atropelló una bicicleta, más tarde perdió las gafas.

Pero como era muy bueno, cuando leyó en el reloj el nombre de Marta, sabía que era de la duquesa porque no había otra en el pueblo. Cuando fue a devolvérselo, la duquesa no quería saber nada del reloj y le dijo que fuera a la montaña, que buscara el hada madrina y le pidiera ayuda.

El hada le dijo que la dueña debería pasar los 27 días. Pepito se lo contó a la duquesa pero, como tenía mucho dinero, se creía que podía hacer lo que quisiera y no fue al castillo. Y así, las desgracias volvieron a la duquesa: se le rompió el coche, empezó a hundirse el tejado, le dio diarrea. Viendo todo corrió al hada.

El hada le ayudó. Pasó allí los 27 días. Descubrió que con el dinero no se tiene todo, así que dejó de ser caprichosa y egoísta. Fue muy feliz.

## **MI AMIGO PEDRO**

**David Andujar Romero, 13 años**

**(III CONCURSO DE CUENTOS 2005)**

3 de diciembre de 2005, era un día de clase normal y corriente, como otro cualquiera. Íbamos a empezar las clases de 3º de ESO, cuando de pronto entra el director junto con otro muchacho.

- *Chicos, –dijo el profesor- os presento a Pedro, a partir de ahora será un nuevo alumno más de esta clase.*

Yo me quedé impresionado al ver al muchacho. Cuando dijo que se quería sentar al lado mío supe que sería mi mejor amigo, y que nos llevaríamos muy bien. Pedro era un muchacho inteligente, muy guapo y fuerte. Tan perfecto que a las chicas se les oía por lo bajo “*¡Vaya tío más bueno, qué guapo es y qué cuerpo tiene!*”.

Tan guapo era para ellas que hasta se olvidaron del cabecilla y fuerte de la clase, Carlitos. Pero Pedro se interesó por una chica, creo que era la más guapa, y de vista me parece que la chica, Ángela, también se interesó por Pedro, por la forma en que lo miraba.

Cuando salimos al recreo yo me fui con Pedro. Parece que yo le caí muy bien. Estuvimos hablando de nuestras vidas, de qué familia procedíamos y todas esas cosas que unos se cuentan cuando se conocen. En el árbol de enfrente estaban todas las chicas mirando a Pedro. La chica que le gustaba a Pedro se acercó y se presentó; seguidamente vinieron todas las demás. A Carlos y su panda de gamberros, que estaban en la pista, no les agradó mucho que las chicas se llevaran tan bien con Pedro. Creo que le estaban preparando una gamberrada porque Carlos también quería a Ángela.

Cuando salimos de las clases, Carlos y su pandilla salieron los primeros. En efecto mis intuiciones eran ciertas, Carlos y su panda se preparaban para *moler a palos* al pobre Pedro. Yo pensé en defenderlo y de hacer entrar en razón a Carlos, pero después me arrepentí. Yo era muy cobarde. Pero de pobre no tenía nada porque, a la salida del colegio, le estaba esperando una preciosa y bella limusina escoltada por dos guardaespaldas.

Me quedé con la boca abierta cuando vi aquello. Pedro me invitó a subir y yo acepté. Le dije con asombro:

- *Pe... pe... pero... -Y enseguida me interrumpió Pedro.*

- *No te asombres amigo mío, soy Peter, que en español se traduce por Pedro. Mi padre es una de las personas más ricas de Inglaterra. Un día me dijo que nos mudaríamos a España para que la conociera muy bien. Yo le dije que me enseñara a hablar español si íbamos a venir aquí, y me trajo uno de los mejores profesores que hay allí, por eso no parece que sea inglés. Yo sabía que esos macarras iban a hacerme algo en cuanto me vieran porque, a todos los colegios que he ido, los chicos me han tenido envidia. Por eso le dije a mi padre que me enviara un coche para recogerme.*



De pronto paró la limusina. Pedro me dijo que ya habíamos llegado a mi casa. Yo bajé de la limusina asombrado. Le dije “¡gracias y hasta mañana!”.

Ese mismo día por la tarde, cuando estaba estudiando en mi casa, oí el timbre. Dejé un momento lo que estaba haciendo y fui a ver quien era. ¡Era mi amigo Pedro! Me preguntó que si me iba con él un ratito a dar una vuelta y así le enseñaba la ciudad. Yo acepté encantado y me fui con él. Primero fuimos al parque pero, ¡qué horror!, allí estaba Carlos y dos chicos más. También estaba Ángela, la chica que le gustaba a Pedro. Carlitos, al vernos, dijo:

- ¡Vaya, vaya! ¿A quién tenemos aquí? ¡Nada más y nada menos que a Pedro y su amigo del alma!

Él estaba muy tranquilo pero yo, en cambio, no hacía nada más que tragar saliva.

- *Pedrito*, -Dijo Carlos en plan muy serio- *me he enterado que te gusta Ángela. Esta chica es para mí.*

- Sí –Respondió éste con un tono de voz muy tranquilo.

- *Veo que no traes tus guardaespaldas* –Dijo Carlos.

- *No*, -Contestó- *antes los traje para no empezar mal el primer día de clase.*

Yo seguí callado y tragando saliva. Entonces hubo unos segundos de silencio, y se oyó:

- *¡A por ellos!* –Gritó Carlos.

Yo me puse las manos en la cabeza y cerré bien los ojos. Se oyeron dos o tres golpes y, seguidamente y al unísono, varios “¡aahh!”. En ese momento yo creí que a Pedro le habían dado una paliza enorme, cuando escucho:

- *Ya puedes abrir los ojos amigo mío, el peligro a pasado.*

Yo abrí los ojos y lo primero que vi fue a los amigos de Carlos tirados en el suelo.

- *Se me había olvidado decirte que sé kárate y artes marciales.*

En ese mismo momento yo pensé para mis adentros “¡Qué tío más máquina!”. Y, desde aquel día, Pedro se ganó el respeto de todos los muchachos y el cariño de todas las muchachas, en especial, el cariño de Ángela.

## **ENTRE EL MORAL Y EL ÁLAMO**

**de María Sánchez Rubio**

**(I CERTAMEN DE NARRATIVA CORTA VILLA DE PEDROCHE 2004)**

Era una bonita tarde, de primavera, cuando Elisa se dispuso en torno a una pequeña fuente, del inmenso patio de su casa, a coser, como solía hacer desde que era pequeña y tenía uso de razón y destreza en sus blancas manos de seda.

Elisa era una muchacha que se alejaba mucho del modelo de mujer procedente del sur. Era alta, con el pelo dorado y liso, ojos verdes, tez pulida. Tendría unos dieciocho años, edad suficiente para casarse, como señalaba su abuela, la respetuosa y admirable Margarita Díaz de Ballesteros; una gran dama, admirada por todos cuantos la conocían, pero también temida, y hasta odiada. Margarita había tenido un solo hijo, el padre de Elisa, claro está; Margarita había prohibido tajantemente pronunciar su nombre en aquella su casa, hasta a su propia nieta le prohibió mencionarlo o preguntar algo sobre él, o su madre. Por una sencilla razón, que Margarita (bajen las cabezas cada vez que se la nombre), consideraba más que suficiente: amó la libertad. Se fue de su casa, desobedeciendo sus órdenes (¡qué osadía!), infringiendo sus leyes y, para colmo, casándose a escondidas con una mujer, se la podía llamar así, perteneciente al más bajo linaje. ¡Qué desastre! ¡Qué dirán de nuestra, hasta ahora limpia, familia! (Sepan los mortales, que no el Altísimo, que ella de este tema ni una mosca escuchó). Caprichos de Dios o del destino, que fueron a tener fruto de su verdadero amor una hijita bien parecida a la madre. Pobre de esta última, que después del parto sólo le quedó un suspiro de vida para ver a su hija y ponerle nombre. El padre, no estando ya en sus cabales, olvidó a la niña en la puerta de la casa de su madre, con carta incluida, y de allí a un poderoso sauce grande y fuerte...

Margarita educó o intentó educar a su nievecita (de una forma o otra la quería), para que no se malograra pareciéndose a su padre en cuanto a carácter se refiere. Desde pequeña, la enseñó a comportarse como una señorita de bien; educada, la que más; sus bordados, los más finos; la música salida de sus dedos, la más pura... como ella; esto era imprescindible para Elisa, bueno... para el preparado y listo futuro de Elisa.

Elisa seguía cosiendo al lado de la fuente, y no se percató de que Margarita (esta nunca dejó que la llamase abuela), la miraba esbozando una sonrisa y mirando con ojos un tanto saltones.

Cuando Elisa se dio cuenta de que Margarita estaba allí, se apresuró a dejar sus labores, levantarse e inclinarse ligera y educadamente ante su impasible abuela.

- Buenas tardes, Elisa
- Buenas tardes, Margarita.
- Siéntate, que tengo que confesarte algo; llevo mucho tiempo esperando este momento y hoy, gracias a Dios, lo hemos conseguido. Estoy segura de que te sentirás tan bien como yo.
- ¿De qué se trata, Margarita?

- De tu futuro esposo, querida Elisa.
- Es... poso... ¿Qué futuro esposo, Margarita? – dijo con voz quebrada y suplicante – Dígamelo, Margarita, se lo ruego.
- Hace tiempo que recibo visitas, mientras tú bordas, de tus muchos pretendientes. Quiero que sepas, Elisa, que he encontrado al adecuado; se llama Pablo y es hijo de Felipe Jiménez y de Gracia de la Fuente; es médico, de buena familia y mañana vendrá a visitarte. Debes estar preparada. Le dejaré a Nina, la criada, la ropa con la que debes presentarte ante él. Tú solo procura mostrarte simpática y cariñosa, sin excederte, del resto me encargo yo.
- Pero...
- No hay más de qué hablar.

Entre destrozada, amargada y sin salida se fue corriendo hacia el huerto; se tumbó junto a sus orquídeas, cerró los ojos y empezó a torturarse, de la manera en que solemos hacerlo los seres humanos.

¿De dónde vengo? La razón de esta pregunta no era en la que todo humano piensa alguna vez. No. Elisa no sabía nada sobre su vida. No sabía quienes eran sus padres; sólo que su padre era el hijo de Margarita. No sabía el nombre de su madre, ni por qué no estaban ellos allí y por qué no se les podía nombrar dentro de aquella casa. Preguntas sin respuesta.

Le atormentaba la idea de casarse con un hombre del que ni siquiera había oído nombrar nunca. A pesar de aquel aspecto angelical que ofrecía, también tenía sus pequeños secretos. Hacía un par de años, más o menos, que conocía a Francisco, un muchacho de su edad, que estudiaba de día y hacía un poco de todo llegada la noche. Una de las cosas que hacía, bien entrada la noche, era trepar a la cima de un moral y esperar a que una figura femenina cruzara el seto que servía de entrada al huerto. Esa figura correspondía a Elisa.

Con ella pasaba un rato; y como no podía hacerlo de otra forma, le regalaba su amor, su ternura, sus caricias y todo en cuanto a bienes afectivos se refería. Para Elisa esto era más que suficiente, ya que nunca había tenido un trato cariñoso con nadie; para él, además de querer a Elisa, también constituía una posibilidad de abrazar su dinero tanto como a ella, que aunque tenía poco lo conocía muy bien.

Con estos encuentros furtivos cada uno conseguía lo que quería: Elisa, cariño; y Francisco, dinero (que pensaba conseguir casándose con la que él decía que era su amada).

En estas ensoñaciones se encontraba Elisa, cuando su querida Margarita, de un estornudo, la despertó. Elisa se asustó al ver la cara de rabia y cólera que tenía la inalterable Margarita Díaz de Ballesteros. Lo que Elisa no sabía es que estaba soñando en voz alta, y que Margarita corrió como alma que alberga al diablo al escucharla decir palabras tan raras y destructoras inmediatas de sus planes.

- ¿Qué le pasa Margarita? ¿Por qué me mira de esa forma?
- Ahora comprendo los pasos a altas horas de la noche y las sombras invisibles cruzando el seto...Ahora lo comprendo todo- dijo entrando

en cólera- Nina, esa vulgar sirviente me dijo que era ella...¡Era mi nieta! ¡Mi nieta!

- Pero Margarita yo... yo quiero a ese hombre y no quiero casarme...con aquel otro que usted tenía preparado...

- Te casarás con quién yo diga. En esta casa siempre se ha hecho y se hará lo que yo dicte, que para eso es mi casa. Siempre tuve el miedo de que te echaras a perder...y ya vez...Pero aún estamos a tiempo...

Cogiendo a la muchacha por el brazo propinándole unas majestuosas bofetadas en la cara, se la llevó, a rastras, hasta su cuarto. Mandó a Nina llevar allí todos los trajes y vestidos de la señorita, y dejándola encerrada, llorando sin consuelo, y muerta de miedo y hambre, cerró la respetuosa señora la puerta bajo llave y salió a la calle, sin ningún gesto de compasión pintados en la cara, hacia la casa de los señores Jiménez a comunicarles una triste noticia: su nieta estaba indispuesta y no podría recibir a su querido hijo al día siguiente, a causa de un fuerte dolor de cabeza.

Elisa seguía pensando cómo saldría de allí... Pero mientras pensaba, empezó a buscar alguna pista en la que, tal vez, supiera algo más sobre sus padres. Buscó, buscó y buscó, y cuando se hubo sentado en el sillón favorito de la abuela Margarita...notó algo duro debajo de aquel cojín...Era un cofre pequeño. Como no encontró llave y supuso que era la que su abuela llevaba al cuello, se quitó una de sus orquillas e intentó, y consiguió, abrir la caja. Además de algunas cartas, encontró una que le llamó la atención: ni estaba perfumada, ni escrita con la tinta más cara. Se dispuso a abrirla y empezó a leer, con cierta dificultad (Margarita no consideraba esto arte ni nada y no se preocupó mucho de que Elisa aprendiera a leer y escribir):

*Para Margarita Díaz de Ballesteros:*

*Mi alegría no es más que mi pena. No lamento haber salido de aquella casa suya para siempre. Errante iba, y por pura coincidencia o astucias del destino, me encontré con mi esposa, ahora muerta, Elisa del Manzano. Fruto de nuestro, pronto eterno, amor, nació la pequeña Elisa, llamada así por el gran parecido con esta y por se su último deseo. Aún sabiendo lo que usted piensa de esta niña, que es su nieta, le pido un último favor: que la adopte como nieta y que le cuente su historia, que es esta, lo mejor que sepa. Es lo último que le pido a usted, y al mundo, que se apiade de una niña sin madre y con un padre a punto de extinguirse.*

*Tu hijo,*

*Juan Ballesteros Díaz.*

Elisa, después de leer esta carta de su padre, comprendió muchas cosas. Su padre tenía el alma rebelde, igual que ella.

Ya pasada la medianoche, Elisa se las ingenió para bajar hasta el huerto, sin ser vista ni oída.

Después de tantas sorpresas ese día, lo último que podía esperarse era aquello. Pensaba decirle a Francisco que iría con él, abandonaría a su abuela,

se casarían, serían felices, libres... ¡Felices y libres! Es lo que ella quería que fueran. Tenía tantos planes...Pero no como los de su abuela. Querer casarla con un hombre al que no conocía, al que no quería... ¡No era justo! No había nacido para ser una esclava de su abuela, ni de nadie. ¡NO! ¡NUNCA!

Al cruzar el seto se paró en seco. Aquello que veían sus ojos no podía ser cierto. No. Tenía que ser un sueño...Ante ella colgaba el cuerpo inerte, sin duda, de Francisco. Estaba allí, alto, guapo, con un traje negro, zapatos impecables...y una cuerda alrededor del cuello. Alguien lo había puesto allí. Estaba segura. Margarita... ¡Sí! Ella, ella lo había matado y todo porque lo quería y ya tenía planes para ella...

Nadie sabe cómo, Elisa se quitó los zapatos, dejando sin protección sus pies blancos y frágiles. Se quitó toda la ropa que le suponía un estorbo. Sólo se quedó con un simple camisón blanco encima de su débil cuerpo.

Subió el moral, saltó dos o tres vallas a duras penas y se encontró con su pasaporte hacia la libertad. El bosque. Ella nunca había jugado en el bosque porque no estaba bien visto para una pequeña señorita. Ahora podía jugar, correr, saltar...todo lo que no había podido hacer nunca. El bosque le pareció la cosa más bonita y luminosa jamás vista. Corrió y corrió, sin importarle las pequeñas heridas producidas por las ramas más bajas; no sentía nada; sólo un calor en su interior, una llama en todo su esplendor, pero que poco a poco, al igual que una vela, se consume, se consume...hasta que muere.

Al día siguiente todos salieron a buscar a la señorita Elisa Ballesteros. La encontraron llegado el mediodía. Allí estaba, sí. Inconfundible. Pelo como el oro, tez blanca...pero esta vez estaba demasiado pálida, muy bella sí, pero pálida. Tenía el vestido blanco rasgado y un poco sucio. También tenía algunas heridas en los brazos y pies.

Empuñando en una de sus manos hallaron la carta de su padre a Margarita y el pañuelo, todavía mojado por las lágrimas, de Francisco.

Elisa había conseguido algo: la libertad que siempre tuvo en el alma y que alcanzó poco antes de dejarse morir. ¿Murió?, se preguntaron. Murió, sí, pero lo hizo feliz y libre por primera y última vez en su corta vida.

Margarita murió de pena pocos años después. Porque esta vez sí que escuchó comentarios. A su fortuna le pasó como al Imperio Romano. Elisa fue recordada siempre como una muchacha feliz y tranquila, hasta que un día, un muchacho llamado Francisco se cruzó en su camino y le arruinó la vida.

Ya ven que la vida es injusta y mentirosa, pero...así es el mundo y las personas que vivimos en él y lo hacemos, a veces, también así. Sólo algunos, muy pocos, consiguen ser felices y libres, aunque sea una vez en la vida.

## **UNA CAMPESINA VA AL COLEGIO**

**por María Mena Márquez**

**(II CERTAMEN DE NARRATIVA CORTA VILLA DE PEDROCHE 2005)**

Tenía tan sólo seis años y vivía en la más pura inocencia, no sólo por su edad sino por no haber tenido contacto con el mundo exterior. Sólo conocía amor y felicidad.

Su cabello negro ensortijado colgaba alegremente hasta su cintura, tan libre como ella misma. De tez morena, ojos pequeños y profundos. Su risa resonaba en ese cortijo de Andalucía al unísono con el trino de los pájaros.

Los últimos días de verano, en su atardecer, dejaban caer un manto de suave frescura, anunciando el fin de los tórridos rayos de sol. Su mente de niña saltaba de encina en encina, siguiendo el vuelo de las mariposas. Todo el campo comenzaba a disminuir su ajetreo, pausadamente, entrando en un extraño sopor, ayudado por las manos invisibles de la oscuridad de la noche.

En la lejanía, ya centelleaban las luces del pueblo con un resplandor agonizante. Surgía del montículo de casas la vieja torre, protectora como guardando su rebaño. Los perros, casi terminando la pella, entre ruidosos chasquidos de lengua, entrechocaban las latas. La pequeña niña los abandonó a la ley del más fuerte.

Sólo le quedaba unos minutos, se hacía tarde. Encaramándose de un gesto ágil subió a su refugio, un peñasco en lo más alto con un hendido donde apenas podía entrar, replegando sus piernas tocándole la barbilla. Y así colocada daba rienda suelta a su imaginación, sin ser molestada.

La noche ya había ganado su batalla cubriéndolo todo. Un ligero escalofrío la hizo salir de sus pensamientos. En cuanto intentó incorporarse, sus piernas acalambradas se negaban a caminar. Las frotó rápidamente, tostadas por el sol, llenas de rasguños y cardenales, al igual que las de sus hermanos. Su madre solía decir "*con las ganas que tenía de una niña remilgada y modosa, tengo una fierecilla intrépida y revoltosa*".

Ya volvían, oyó al fondo el crujir de pasos, sus padres y sus tres hermanos. La luna surgió y pudo ver la silueta de su madre y balanceando sobre su cabeza, la pila de metal aún con la ropa mojada. Era tal su blancura bañada por los destellos de la luna que parecían darle una aureola angelical. Trabajaba de sol a sol lavando la ropa de *los ricos*. Sus manos estaban llenas de callos, de la sogá con la que extraía cubos de agua para llenar la pila de granito, donde restregaba hasta que sus manos llegaban a sangrar. No por ello las caricias que prodigaba a sus hijos dejaban de ser de una dulzura inigualable.

Su padre sólo sabía hacerlo, encender el carburo. Muy metódicamente, como si de un ritual se tratase, lo abría, vaciaba los restos del día anterior e introducía aquellas piedras azules cerrándolo herméticamente. Acercaba el candil y, al encenderse, salía una luz fuerte y azulada, dejando ver la composición del cortijo donde vivían: dos grandes salas, una con la candela y al fondo, colgando, el cubo de agua; un gran banco de color azul, una mesa cerca de la candela y varias sillas bajas de anea.

Terminando de tender la ropa a la luz de la luna, la madre se arrodilló para ponerse a la altura de la pequeña. Cogiéndola por los hombros, sin ejercer presión y con un tono de voz suave le dijo: *“mañana a primera hora te irás al pueblo con la abuela, eres ya una mujercita y debes empezar el colegio”*.

El corazón de la pequeña quería escaparse. Golpeaba su pecho a redoble de tambor, rompió a llorar de una manera que ella sólo sabía hacerlo cuando quería conseguir algo. La madre la puso en sus brazos rota de dolor, intentando no ceder, aunque las ganas no le faltaron.

La pequeña paró bruscamente, viendo que no quedaba el más pequeño hilo de esperanza. Su cordón umbilical sería seccionado para siempre.

Dormía entre sus padres y, esperando que el cansancio les ganase con un sueño profundo, los fue abrazando alternativamente, para guardar en su memoria el dulce olor de su madre y la seguridad de su padre. Tenía miedo. Todo iba a cambiar. Sabía poco de rabia, sufrimientos y odio hacia los demás, pero a partir de ese día lo aprendería.

De buena mañana, el fuerte olor a café le despertó, pero no con el despertar alegre de ayudar a su padre a ordeñar las cabras, para ser la primera en tomar el *cola-caó*, como todas las mañanas. Una falda plisada, una camisa blanca y la ropa interior de ir al médico le hacían pensar en unas cadenas depositadas encima de la cama esperando al acecho a que se bajase para atraparla. Y aquellos zapatitos de charol que su abuela le trajo de Barcelona también estaban allí. De todas maneras ella sabía la que estaba detrás de todo. Oyó decirle a su madre que era una animal salvaje, que debería empezar a recortarle los caprichos, que la tratara con mano dura y que ella se encargaba. Sus sospechas se hicieron ciertas cuando vio, a la luz del amanecer, su silueta enlutada aparecer en la habitación: *“¡date prisa!”* - Ordenó con voz seca – *“El taxi nos espera”*.

Comenzó de nuevo a llorar, pero esta vez sin gritar. Sus lágrimas le quemaban la piel con una sensación extraña de dolor. No quería tocar la ropa. Ella quería sus pantalones cortos, sus zapatillas de lona y la camisa de su hermano. Y... ¿quién iba a cuidar sus perros?

Restregó sus ojos esperando que todo fuese una pesadilla, pero su abuela la zarandó con rabia susurrándole al oído: *“¡Ya te enseñaré yo modales, pequeño bicho!”*

*“Mamá, por favor, déle tiempo. Es aún muy pequeña”*, dijo la madre con aire protector, como siempre. Pero fue ella la que enfundó aquella ropa áspera, que olía a nueva desagradable. Ella no podía hacerle esto. Mientras la pequeña se debatía para soltarse, ella con su calma habitual terminó de vestirla. Sudada y con un gran sofoco salió al rellano de la mano de la madre, acariciándola como nadie jamás lo haría. El sol hirió sus ojos doloridos por el llanto. Vio el enorme coche frente a ella, con sus ojos vacíos y su gran boca esperando devorarla. Hizo fuerza para escapar. Detrás alguien sujetó su intento. Miró... *“¿Tú también quieres que me vaya, papá?”*

*“¡Qué tonterías tienes, mi niña...!”*

Pero la cogió en sus brazos y en un rápido abrazo la soltó en el asiento trasero del monstruo. Evidentemente todo el mundo estaba en contra. La

abuela hizo volar su pañuelo negro sobre su cabeza. Ajustándolo de tal manera como si temiera perder el pelo por el viento. Inmóvil, como pegada al asiento, no hacía ni intento de girar la cabeza, cuando de pronto el rugido del monstruo la sobrecogió. *Juandondas* ladraba más fuerte aún que el monstruo. Se alzó en la silla y vio como se alejaban del cortijo, dejando atrás una gran nube de la que solo distinguía el lánguido adiós de sus padres.

Apenas llegaron al pueblo, la abuela ordenó al taxista que las dejase en la plaza. Abriendo enérgicamente la puerta del coche, casi arrastrándola en el impulso, la sacó del coche, dirigiéndose a un destino desconocido. Apenas sus pequeños pies llegaban al suelo. De repente, su abuela se paró delante de una casa inmensa. Empujó suavemente la puerta dando ligeros toques anunciando su llegada. De una de las primeras habitaciones del pasillo salió un hombre extremadamente delgado, mientras, invitaba a la abuela a entrar en la habitación que le servía de despacho. Salieron con cara de haberlo solucionado, sin contar con nadie.

*“Bien, el lunes empiezas, ya puedes comprar la cartera. ¡Verás que pronto se vuelve dócil, han sido muchos años...!”*, dijo acariciando inconscientemente el pelo de la niña, actitud que ésta rechazó encogiéndose sobre sí misma. ¿Quién era aquel tipo y por qué tendría que cambiar? Ella sólo quería seguir como antes.

Y llegó el fatídico día por la mañana. Apenas lucía el sol, la abuela medio abrió el postigo de la puerta y la pequeña ventana de la, aún más pequeña, habitación. El sol se introdujo violentamente como si alargase su mano para abrir sus ojos. Se incorporó de un salto. Vio a su abuela con el jarro de porcelana verter el agua en el palanganero de la habitación. Empujándola, con el mismo despego de siempre, la acercó y, de un movimiento rápido, salpicó su cara aún dormida de agua fría. Restregó con energía cuello, cara, manos y orejas. Con la misma energía, la sentó en un pequeño asiento que su padre había hecho para ella, mientras que la abuela se sentó sobre el borde de la cama. Hizo que comenzara su calvario. Con movimientos rápidos, su mano volaba sobre su cabeza con tal fuerza y violencia que le daba la impresión que iba a quedarse todo su pelo en la mano. Cuando terminó, sus facciones eran inamovibles. Con la misma energía y falta de mimo, la hizo caminar hasta el colegio. Cuando se iban acercando, el griterío de los niños la hizo pensar en el rebaño de su padre a la hora de salir a pastar. Los gritos cesaron al verla llegar. Todo el mundo la miraba como si fuera un bicho raro. La profesora se acercó y, empujándola hacia la pizarra, dijo su nombre y apellidos, para que todos aquellos granujas siguieran mofándose a escondidas. Su pupitre esperaba vacío, como si de la silla eléctrica se tratase. Así sería el potro de torturas para domar la fierecilla.

Estaba fuera de lugar, flotando, como si nada de aquello estuviera ocurriendo. Escuchaba aquella señora, gesticulando con las manos, hablando de algo que ella no llegaba a comprender. Su trasero empezaba a sentir un extraño hormigueo, su cabeza era un zumbido de avispas, el sueño se apoderaba de ella, ¡qué aburrimiento! ... De pronto, salió de su letargo. Se rompió el silencio, todos los niños se levantaron y empezaron a salir. Ella también los siguió sin saber donde. Salieron al exterior y se pusieron en fila. Ella, rezagada, en el último puesto esperó. La fila se deshizo poco a poco y al llegar a ella le ofrecieron una botella de cristal con un líquido blanco. Lo



rechazó, ella no había pedido nada. La profesora se acercó posando su brazo sobre sus hombros y le dijo “*Cógela, es leche para que te hagas grande y fuerte*”. Esa señora no sabía que ninguna leche sería tan buena como la de *Blanquita*, su cabra. Su padre la cuidaba con esmero, sólo para la familia. Con la botella en la mano se refugió en un rincón y bebió un sorbo. Estaba asquerosa, esperó a que nadie la viera y vació su contenido en el suelo. Más tarde supo que se trataba de una ayuda americana para los niños españoles, que estaban aún bajo la desnutrición propia de una posguerra.

Los niños corrían y jugaban a piola. Las niñas, mientras cantaban estúpidas canciones, saltaban enredándose los pies en una goma sostenida por dos de ellas formando una rectángulo... De pronto, todo el mundo se paró y volvió a ponerse en fila para entrar en la cárcel. ¡Uff! ¡Qué cansado era aquello! ¿Cuándo iba a terminar su calvario?

Todo cambió, ya no era la señorita de antes, sino un señor simpático, con una sonrisa de oreja a oreja, y fumaba como papá, delgado, nervioso. Al momento se fijó en esa niña retraída, escondida en su pupitre. Le llamó la atención y de una manera amable se acercó a ella. Acariciando su cabeza le dijo: “*Vamos a ver, que nos va a leer esta chica con cara inteligente*”.

Todo el mundo comenzó a reírse. Nadie imaginaba que ella sabía leer, sólo llevaba una mañana en clase. Todos pensaban que iba a llorar. Ella, con gesto seguro, cogió el libro y se puso en pie. Aceptó el reto para demostrar a aquellos mocosos que ella sabía. Su padre le había enseñado. Leyó con voz segura un poema que hablaba de un carretero que no estaba contento con lo que tenía. Se hizo el silencio y ya nadie reía. Todo el mundo la miraba con ojos atónitos. Pasó de ser la última a crear envidia por saber leer. A partir de ese momento siempre hubo una especial simpatía por ese profesor llamado Miguel Torres.

Su saber en esa edad le produjo enemigos, era la hija de un pobre pastor. Como mucho sería sirvienta en una casa de ricos. ¡A qué más podría aspirar! ¡Ya era bastante el tener una educación gratis, discriminante, pero educación! La furia se fue decreciendo. La pequeña fierecilla se fue amansando. Terminó siendo la presa fácil de toda la clase. En la última fila, en un rincón, cerca de la ventana, dejaba volar su imaginación acariciando en su mente los recuerdos de su niñez, encerrándose en sí misma hasta perder la noción del tiempo.

De nuevo hubo cambio. El profesor simpático fue sustituido por otro, también joven, pero con gesto agrio y malhumorado. Sería para la pequeña alguien que iba a marcarle para toda la vida. Ya acusaba una gran inseguridad y la actitud de aquel profesor sólo hizo fomentarla.

“*Vamos a ver cómo la más lista del colegio nos resuelve este problema*”, gritó el profesor, con sarcasmo, dirigiéndose a la pequeña.

Salió del anonimato deseando que la tierra la hiciera desaparecer en sus entrañas. Sabía que lo hiciese bien o mal el resultado sería el mismo. Sus pequeñas manos cogieron la tiza, temblorosas, y comenzaron a marcar números en la inmensa negrura de la pizarra.

“*¡Anda! pero si sabe hacerlo, si tenemos una inteligencia y no lo sabemos*”, dijo el profesor de un tono lleno de malicia. “*Toma una peseta por lo*

*bien que lo has hecho*". Metiendo la mano en su bolsillo sacó una peseta ofreciéndola a la pequeña.

"*Cógela, te la has merecido*". La pequeña, ante la insistencia, alargó su mano para cogerla. De un gesto rápido el maestro volvió a introducir la peseta en su bolsillo soltando una sonora carcajada. "*Imbécil, encima se cree que lo merece*". La clase entera se reía, sobre todo, los favoritos de la primera fila. "*Vuelve con tu rebaño, nunca debiste salir de allí*".

Las lágrimas resbalaban poco a poco, con suavidad, como intentando limpiar el daño de su pobre corazón. Ganó su pupitre destrozada. Sólo el niño gordito de al lado, apenado, le dio su goma, donde había pintado un corazón con su nombre. Los castigos se sucedieron, los palmetazos en las manos por no saber las tablas, encerradas mientras los demás iban a su casa a comer, obligadas a vaciar el pipí de una lata donde la profesora y las predilectas lo hacían, obligadas a cantar el *cara al sol* todas las mañanas, y como recompensa, nos calentábamos las manos por turnos en una estufa de gas en las frías mañanas de invierno.

La pequeña no llegó a superar el graduado escolar, quedando marcada para siempre una educación dictatorial y abusiva. Cuando los recuerdos surgen y los comenta con sus hijos, hoy estudiantes, les resulta difícil de entender. Ella se remite a las estadísticas. Ellas no mienten, de veinticinco alumnos y alumnas, sólo tres sacaron carrera: el hijo del médico, el hijo del veterinario y el hijo del farmacéutico. ¿Será que la naturaleza, de manera selectiva, sólo dotó de inteligencia a los hijos de los ricos...? ¿O que el profesorado (¡gracias a Dios no en su totalidad!) aplicaba la educación de manera selectiva?

## CONCURSO DE CARTAS DE AMOR 2004

**Pablo Crespo de la Fuente**

¡Hola princesa!

Ha pasado mucho tiempo desde la primera vez que te dije TE AMO, ¿lo recuerdas?, yo aún muy claro porque fue la noche más intensa de toda mi vida. En ese momento no tuve el valor de decirte tantas cosas que hubiese querido decir, porque algo en mi garganta impedía decirlo. No sé qué era, tal vez toda la emoción acumulada, aunque yo diría que era el alivio que sentí tras expresar todo lo que siento en una sola palabra.

Desde aquel maravilloso momento, he aprendido a amarte de mil formas: en los días donde el dolor es tanto que no quieres cercanías, que te escondes de ti misma, y te escondes de los demás que te aman. En los silencios, en el compartir conmigo tus seres queridos, en el trabajo, días, palabras, en la risa, pasión, ternura con la que me amas..., en todos esos momentos aprendo algo más de ti, que me hacen amarte más profundamente.

Hemos pasado momentos únicos, pues no se repetirán otra vez, maravillosas ocasiones que me hicieron pensar lo fantástico y divertido que era vivir la vida y dejar que transcurriera el tiempo, como si fuera un abrir y cerrar de ojos, pero a la vez me daba cuenta de que no debía dejarlo pasar, aunque fuera inevitable. Poco a poco pasábamos más tiempo juntos, sabíamos la historia de la vida de cada uno, las cosas que hacíamos, sin mentiras, tal y como somos. Por eso creo que nunca nos hemos enfadado por algo serio, sino por tonterías que no eran más que una muestra de celos tontos, pero a la vez muy dulce, porque así yo entendía que querías más de lo que pensaba.

Hoy, el amor hacia ti, es de compañeros profundos, apasionados, dulces, tiernos, intensos... Donde los demás perderían, nosotros hemos ganado la eternidad y buscaré conservarla para el resto de la vida.

Quiero que lo sepas, no te amo en pasado, no te amo en presente, ni te amo en amor sin tiempo, mi amor por ti no entiende de distancias, es simplemente amor puro, lleno de promesas que no deben cumplirse porque ya se cumplieron todas al contado.

Decirte que te amo se me queda pequeño, quizás de tanto repetirlo ya estás acostumbrada a mis palabras y te parecerán pesadas y monótonas, pero no es así, cada vez que te lo digo, es porque mi amor hacia ti, ha aumentado.

Amarte en realidad es un laurel, que no sé si merezco, al menos lucho por este premio que la vida me ha dado. Por ello quiero darte las gracias por dejarme amarte, por tratarme como me tratas, por se como eres, por hacer que me sienta como nadie más se ha sentido jamás amado.

Ojalá haya sido claro, es difícil explicarlo con palabras, porque el amor no se puede explicar, simplemente es un estado, en el que te sientes como emperador, ante sus vasallos.

TE AMO

**CONCURSO DE CARTAS DE AMOR 2005**

**María Sánchez Rubio**

...Y aún hoy te siento entre los manzanos que un día plantamos juntos, entre las rosas, ya viejas, quemadas por el duro frío, al mirar al álamo desnudo bajo el cual, y sobre una manta de olores, soñamos tantas veces. Llevo al cuello tu bufanda, aquella blanca que bailaba conmigo mientras paseábamos por el parque; aún huele a ti.

Siento envidia de «ella», Venus gris, que entró volando por nuestra ventana en un carro alado, y te llevó, dejándome sin vida, sin fuego, sin agua, sin ti.

Ahora que dejo atrás el camino y me adentro en el bosque de ladrillo y serrín, con miedo, recuerdo que un día me dijiste que fueras donde fueras, siempre me llevarías contigo: no has cumplido tu promesa, lo sabes, ¿por qué?!

Ya estoy llegando a casa; la hoguera está encendida y solo yo a su alrededor. Encima de la mesa están los jacintos, creciendo...

L. Cordelia

## CONCURSO DE CARTAS DE AMOR 2006

Inmaculada Valverde Moreno

Hola.

¿Qué tal? Me dirijo a ti para decirte como me encuentro ahora.

Si supieras que aún recuerdo la última vez que estuvimos juntos, en aquella fiesta. No te he podido olvidar aún, día a día te recuerdo, aunque ya no te tengo.

“Aquellos atardeceres juntos, aquellas mañanas frescas, aquellos besos que no me distes, aquellas fiestas... “ TODO.

Son tantos los recuerdos que tengo de ti. A veces pienso ¿por qué te fuiste? ¿Por qué me dejaste? ¿Qué te faltó a mi lado?

No hay respuesta a ninguna pregunta porque te di mi alma, mi alma y mi corazón, te di mi vida entera. Además guardo el mensaje aquel tan bonito en el que decías:

*“Siempre estaremos juntos, en los buenos y malos momentos. TQM”*

Quién pensaría que al poco tiempo de eso te perdería para siempre. Tengo que continuar mi vida contigo o sin ti, luchar aunque me cuesta porque me acostumbre a tu perfume, tus besos, tu piel, tu cuerpo, a ti y saber, que un día sembraste en mí una semilla y esa semilla creció y se convirtió en flor y esa flor ahora se va a secar como secos tengo mis ojos de tanto sufrir, cuando me acuerdo de ti.

Aún me queda una esperanza que puede que algún día te vuelva a ver, te vuelva a abrazar, quizás vuelva a besarte.

Pero tú ya no estas... La vida es una caja de sorpresas y a ti te toco esa enfermedad, que a tu puerta tuvo que llamar y ahora descansas en paz. Si supieras lo mal que lo pasé y la sensación que da abrazar a alguien y saber que algún día muy cercano ya no podrás hacerlo. Me muero de la pena. Poco a poco me tuve que enfrentar a la realidad que me hizo mucho daño.

El último día de tu vida, tu familia y yo nos abrazamos en el hospital porque sabíamos que la persona a la que amábamos iba a morir en cualquier momento. Entonces llegó tu momento y ahí estuvieron tus amigos, debía de haber más de 200 personas, que como yo, no encontraron explicación a que el mundo fuera tan injusto.

Me despido aunque sé que esto no te llegará porque estás en el cielo y es muy difícil llegar.

Aunque llegará un día en que nos volveremos a juntar y allí, en el cielo, viviremos tú y yo; y nuestros corazones se abrazarán fuerte; y latirán al mismo ritmo en la eternidad.

Te quise, te quiero y te querré.